

AMOR FATAL

Esta es una historia real. Conocí a Leoncia hace ya muchos años. Era una mujer bella e inteligente. Me gustaban muchos sus ojos cafés que siempre estaban inquietos y su boca pequeña que contenía una lengua más inquieta todavía ya que le encantaba hablar. Hablaba de todo y de nada. Comenzaba con el clima del día, seguía con la política, sus estudios, lo que les sucedía a sus compañeros, me contaba parte de la película que vio en la tele, me preguntaba, sin esperar respuesta, mi opinión sobre sus planes futuros. Y eso es de lo que me acuerdo pues también hablaba de su perro, de lo que desayunó, del libro que estaba leyendo, de la música que escuchó en Radio Educación y que no le gustó del todo. Y así hablando se pasaba el día y creo que la noche. Si no tenía a quien hablarle a esas horas me imagino que se platicaba a sí misma hasta quedar dormida. A Gregorio lo conocí mucho menos, fuimos compañeros de escuela pero de los que no se llevan. Él con sus cosas, sus deportes, su dinero. Yo con mis libros, mi pobreza, mi... Bueno, la verdad es que no era tan pobre en esa época. Sí usaba la ropa de mis hermanos que me heredaban, sí me iba a pie a la escuela para no gastar en camión, sí comíamos poco en la casa. Pero teníamos casa, modesta, pero casa. Coche no, pasaron muchos años para que yo pudiera adquirir uno. Gregorio si tenía. Bueno, él no lo manejaba pues era muy chico pero tenía chofer que lo llevaba y lo traía. Se enamoraron ya en la prepa. Yo pensé que era de esos amores que duran mientras duran las clases y después se olvidan o no, ya que quedan en el recuerdo, pero sí se terminan. Ellos no terminaron. Leoncia no era pobre pero tampoco rica. Clase media. Tenía una hermana, Loreto y dos hermanos: Luis y Leandro. El padre a todos les puso nombres que comenzaran con la letra L. Yo

nunca supe la razón. Alguna tendría ¿o no? Bueno, pues esa Loreto se enamora también de Gregorio. Estoy seguro que no porque este fuera simpático, o que bailara muy bien, o tuviera buen cuerpo, que todo eso tenía, sino sencillamente por su dinero. Ella se volaba al pensar en tiendas, en viajes, en ropas, en joyas, en perfumes, en bailes de sociedad. Llegó hasta pensar en que algún día los reyes de España o de Inglaterra la iban a invitar a una de sus reuniones. Y sucedió lo que en la realidad casi nunca sucede: Leoncia y Gregorio terminan casándose. Creo que es el único caso que conozco de una pareja que empieza en la primaria y terminan en el altar. La verdad que la boda no le hizo mucha gracia a la familia de él y preocupó mucho a la de ella. La primera quería que su hijo mayor se casara con una mujer de su sociedad. La segunda se preocupó por saber de dónde iban a sacar para los gastos: boda, vestidos, coche, etc. etc. ¿Qué cuándo se casaron? Déjenme ver si me acuerdo. Ya lo tengo. Fue cuando lo de las olimpiadas. Iba a decir lo de Tlatelolco, pero eso es trágico y las olimpiadas fueron alegres. Así de alegre fue la boda y los primeros años de la pareja. Su casa, que no era en realidad de ellos sino que la rentaban, era espaciosa, situada en una colonia agradable y muy cerca de un gran parque al que gustaban caminar en las tardes. Me quiero acordar de la calle donde estaba, creo que era Sonora o Mazatlán. Bueno, eso no tiene importancia. El chiste es que vivían felices. Y más felices fueron cuando se dieron cuenta que iban a ser padres por primera vez, padres de un varón. Los ultrasonidos confirmaron el sexo del primogénito. Por primera vez casi se pelean. Ella, para seguir la tradición familiar quería que si fuera niña se llamara Luz y si era niño Lotario. Él no, él quería el nombre de Juan Pablo si era niño, ya que admiraba mucho al anterior Papa, y si era mujer quería se llamara Rigoberto, por la Menchú a la que también admiraba. Quedaron al fin en que se llamarían Miriam para niña y Misael si era niño. Hasta este

momento todo era felicidad. Loreto, con el pretexto de ayudar a su hermana ahora que estaba embarazada se fue a vivir a casa de la pareja. Muy pronto, mientras la hermana dormía o veía su telenovela preferida, ella se dedicaba a coquetear con el marido. Éste al principio se sorprendió y pensó que estaba imaginando cosas, después, cuando confirmó que su cuñada le tiraba los perros, expresión que él usó cuando se lo contó a su mejor amigo, le dio gusto, el mismo que le da a todos los hombres cuando se sienten cortejados por quien sea. Pero no le hizo caso. Pasaron semanas y la mujer, pues ya había pasado su adolescencia, aumentó su presión. Ahora coqueteaba con él ya no a escondidas, lo hacía frente a la hermana. Ésta, feliz como estaba, ni cuenta se dio. Terminó la mujer por conseguir lo que quería. Una noche, cuando ya la hermana dormía, llamó a su cuñado discretamente diciéndole que le había sucedido una desgracia, que un animal, quién sabe cual, le había picado y se sentía muy enferma. Gregorio no se pudo negar al llamado. Lo llevó a la recámara y con el pretexto de enseñarle dónde le había picado el insecto se desnudó. Gregorio trató de salir del cuarto. Ella se lo impidió preguntándole si no era hombre. Al mes ella también estaba embarazada. ¿Qué hacer?, se preguntaba Gregorio. Fue entonces cuando dio con la solución, la única, la adecuada, la que iba a evitar un hecho de sangre. Cómo no se me ocurrió antes, se dijo feliz. Y la llevó a cabo. A partir de entonces fueron felices los tres por secula seculorum, como decían antes. Yo quisiera contarles en qué consistió la solución, pero resulta que tengo muy mala memoria y por más que he tratado de acordarme no puedo. Les prometo que cuando me acuerde se los voy a decir pues les puede servir a todos. Gracias por escucharme. Hasta pronto.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

ENERO 2006